

AGUJA DE MAREAR

LA CANASTA



Desde hace tiempo nos tienta el tema. No nos decidíamos a escribir sobre él por temor a las señoras. Pero, al fin, hacemos de tripas corazón. Los periodistas somos, entre otras cosas, notarios de nuestro tiempo, y ¿quién duda que la canasta es una de las costumbres características de esta época, en que hasta el ocio se ha hecho pug-

naz? La canasta es una de las formas de la guerra fría.

Pero la juegan sobre todo las señoras. Los hombres no somos más que accidentales. El Padre Spiralli ha dicho que antaño las mujeres se ocupaban de la canastilla; ahora, sólo de la canasta. Exagera un poco el buen sacerdote. Es verdad que antes el bello sexo dedicaba más tiempo a los niños, a la caridad, a las visitas, y posiblemente a la lectura. Pero sabemos de muchas señoras que dividen hoy milagrosamente su tiempo entre esos menesteres y la canasta. Lo que no quita para que ésta consuma, si no sus horas mejores, las más de ellas.

Porque la canasta es la gran consumidora de tiempo. Lo consume del modo más falaz: sin dejar sentir que se consume. Tiene el aire de inocencia de todos los vicios menores; la mezcla de gregarismo y selección de todas las modas, y el carácter vicario o sustitutivo de todos los ritos sociales. Desde que esa fabulosa amenidad llegó (según dicen, del Uruguay) las señoras apenas se visitan: se ven en la canasta.

Este verse implica, sin embargo, selecciones y combinaciones a veces muy delicadas. Pues hay "canasteras" que se llevan y otras que no, ya sea por simple incompatibilidad temperamental o por razones técnicas. La canasta es susceptible de diversos estilos. Unos son simples e ingenuos, y permiten cierta chismografía; otros, más complicados, híbridos de distintas especies, requieren un mutismo casi absoluto y una tensión casi feroz. Se puede, en fin, jugar "barato" o "caro". Todo esto explica la selección y combinación de las mesas, que es, repetimos, cosa de tremenda responsabilidad. Así y todo, la canasta ha diversificado la sociabilidad femenina. Ahora se ven en la canasta señoras que antes no se veían o no se podían ver.

Las señoras juegan con pasión fría y certera; los hombres, más torpemente, sin duda por inferioridad para el disimulo. O por cierto vago malestar de conciencia, al pensar en el tiempo que están perdiendo. Pero unas y otros se abstraen en el juego. Si llega un visitante imprevisto, apenas se le saluda, no sea que alguien aproveche la urbanidad para "llevarse la pila". No hay intervalo, más que para algún refrigerio, que no es propiamente un obsequio, sino una inyección de nueva energía para seguir jugando.

Otro de los milagros de la canasta es que ha creado la puntualidad femenina, al menos para el juego. Las señoras llegan locuaces, animosas, fragantes. Al cabo de tres, cuatro, cinco horas, se han despintado ya un poco, están ojerosas, se agitan pensando si el marido habrá llegado a casa; a última hora, se hacen un pequeño lío con las cuentas. Se marchan llenas de decisión moral: no van a jugar "tan seguido". Pero es inútil: al día siguiente, ya están prendidas del teléfono, concertando una nueva partida. La cosa no tiene remedio. Es un síntoma de nuestro tiempo, como las alergias, como el avión a chorro, como la bomba atómica. Se trata, repetimos, de una forma de guerra fría. Y quizás de totalitarismo, pues nadie escapa, directa o indirectamente, a su inexorable poderío.

J. M.

Manuel Julio Gómez



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA